

Presentación

Rocío Oviedo Pérez de Tudela

Conocí a Elena Poniatowska gracias a la invitación que le cursó el maestro y amigo Sáinz de Medrano en el curso de verano de El Escorial sobre literatura de mujeres. La amistad que me brindó se ha consolidado con el tiempo y ha producido una singular admiración que sobrepasa las diferencias y las afinidades, para volcarse en un cariño incondicional, movida y conmovida siempre por sus continuos detalles y por sus palabras que dejan una huella imborrable en mi corazón.

Hace ya casi dos años José Carlos Rovira me ofreció coordinar este volumen de homenaje, tarea que ha permanecido en el tiempo gracias al interés de la Universidad de Alicante y a la voluntad y paciencia del amigo. Un resultado que mucho debe a los colaboradores que han querido poner de relieve los aspectos más actuales de una escritura que emergió, en tiempos ya lejanos, con la fuerza de la originalidad y el compromiso.

A lo largo de estos años la tarea de coordinar este volumen me ha brindado la posibilidad de gratos encuentros con antiguos y nuevos amigos. Entre otros quiero destacar la amabilidad de Alvaro Mutis, quien me obsequió con un maravilloso café colombiano, y especialmente extensiva a la disponibilidad y grata acogida de Carmen, y la no menos cariñosa de Micifuz, el gato. Agradezco la inmediata respuesta de José Emilio Pacheco cuyos poemas, junto con el maravilloso texto de Bárbara Jacobs, llevan guardados en el corazón del ordenador cerca de dos años. Y Julio Ortega, con su ilustrador texto como todos los que convoca su escritura. Las voces de los creadores se suman a las de los críticos, con los rigurosos textos de Silvana Serafín, siempre cordial amiga y cuya actividad a favor de la unión entre las dos orillas y de la escritura de mujeres, es constante. Gabriella de Beer ha indagado con acierto en la literatura de mujeres y envió hace ya casi dos años el texto. Y fue un placer compartir con Aurora Camacho la amistad de Elena en la Universidad de Brown y asistir a su excelente ponencia sobre las relaciones con la fotografía en la obra de Elena Poniatowska. Mientras, desde la península llegaban las colaboraciones de Ignacio Uzquiza, tan entrañable, junto a la mirada ponderativa de Marita Caballero, la crítica rigurosa de Vicente Cervera, y el análisis documentado y esclarecedor de Evangelina Soltero, Isabel Díez Mengue y Marta Herrero. Lugar destacado merece el ensayo sobre una obra tan original y desconocida como *Me lees y te leo*, analizado por Rosario Alonso, amiga de Elena y autora, por otra parte, de la tesis doctoral en torno a su obra y su personalidad.

Las contribuciones mexicanas han tenido un resultado positivo gracias a los esfuerzos de la Dra. Sara Poot de Herrera, quien se ha encargado de recopilar los textos procedentes del grupo de investigación UC-Mexicanistas (Borsò, Brescia, Bruce Novoa, Egan, Estrada, Parodi, Rueda, etc). Trabajos de profundo calado que aportan una nueva luz a la colección de estudios sobre la escritora mexicana que, como se recoge en la bibliografía, ya mantiene una dilatada trayectoria.

El volumen se orienta sobre todo hacia los temas de mayor actualidad en el estudio de la obra de Elena Poniatowska, con la salvedad de aquellas contribuciones que son más un recuerdo o una recreación literaria de ese amplio y variado caleidoscopio que es Elena. El espacio autobiográfico comparte el pódium con las artes plásticas y, de modo especial con la fotografía, herencia de un arte que en México ha mantenido un dilatado y excepcional progreso. A su lado caminan las imágenes de unas mujeres que convocan a hacer viva la palabra de sus relatos.

Madres, hijas, amantes, el mosaico que empedra el suelo de México, se sustenta en el murmullo tantas veces olvidado de las mujeres. Y Elena las hace hablar para que resurja su mundo, cobre vida y se haga manifiesto frente a los varones que deambulan, olvidadizos, internados en su propio mundo como ocurre con *El Tren pasa primero* o la Quiela-Angelina, o las mujeres que dan vida a ese cielo que mira ajeno, desde su propia piel.

Como dirá Álvaro Mutis en la entrevista que se transcribe, Elena, o Poni, es una mujer de una extraordinaria energía. Incansable, imparable, comprometida con todos aquellos que han experimentado el vacío, la pérdida trágica, ya sea por la muerte o por la injusticia social. Su trabajo ha sido salir a la calle, denunciar, con un inconformismo que ha recibido el reconocimiento del pueblo. La calle que ella ha recorrido, las plazas como el Zócalo, lugar definitivo de su último testimonio a medio camino entre la realidad más vívida y la ficción (*Amanecer en el Zócalo*), donde ha logrado encontrar un nuevo espacio transformado en virtud de una unidad frente al México colapsado por la indiferencia. Es el México solidario el que se hace presente a lo largo de las semanas en las que se colapsa el centro. Pero es también el del México que se desvanece, lugar donde los sueños se destruyen y la conquista se disuelve como la lluvia. Queda, sin embargo el reconocimiento a su actuación desinteresada, hombres y mujeres que la paran por la calle, «Estamos con usted, señora Elena». Es la señora, la madre que lucha, la que les ha dado su voz y se ha alzado como una figura agigantada en la que los desfavorecidos encuentran un eco, mientras ella, la señora, repite, lírica y ciegameamente su desvalido y al tiempo austero desprendimiento. Es el mensaje de una mujer de cultura dual, Europa y América unidas, que esgrime una literatura emergente a través de una voz a su vez mestiza: denuncia real del periodismo, avalada por la ficción de un sueño. Inconquistable y conquistada, dulce e irónica, amiga y enemiga, en lucha constante, dialéctica vivida de una forma irreconciliable ¿Hibridismo, heterogeneidad? Elena busca siempre un imposible mestizaje. Aquel que ha sentido vivir en su madre, que la serenaba, que la colmaba. Su familia, sus hermanos, conciliación y desarraigo. Es extraña al mundo en el que vive, en el que todavía sigue buscando su lugar.

Sigue la huella, la sombra que han dejado al paso predecesoras, como Elena Vicario, como Rosario Castellanos. En ellas funda su palabra, ruptura del canon establecido, para vomitar el dolor en el habla cortada de su soldadera, Jesusa Palancares, que lo ha vivido todo, que lo ha bebido todo y cuya recompensa ha caído en el olvido de los desheredados. Es su autodefensa de esas mujeres rotas por los hombres, a los que incompresiblemente aman. Esclavizadas, siervas, como Jesusa y su extraña relación con su padre, con su hijo. Doblegadas sobre el trabajo que acogen con tremendo fatalismo. Dibuja un mosaico de protagonistas que coinciden en el eje común de la incomprensión.

Pero son las mujeres que se organizan desde *La noche de Tlatelolco* a *Amanecer en el Zocalo*, o *Nada, nadie, las voces del temblor*. Sus heroínas son paradigmáticos espejos en los que se mira a diario para afirmarse. Desnuda de máscara a la historia y la desnuda de su maquillaje, para hacernos enfrentar otra realidad, la que ella contempla desde el caleidoscopio de su casa de Chimalistac, paradójicamente frente por frente de la Iglesia, como retrata el dibujo de ese hermoso libro infantil, *Boda en Chimalistac*.

No se resigna a la condición servil de tantas mujeres, de los olvidados, los desvalidos que transitan por México, en busca de un trabajo, desarraigadas (*Luz y luna, las lunitas*), con una historia cargada como costal a la espalda. Trata de solucionar mediante su palabra la justicia olvidada que ella trata de reponer. Es heredera del espíritu revolucionario de esas mismas soldaderas que retrata desde su escritura ficcional más temprana: Jesusa (*Hasta no verte Jesús mío*) y ella tienen más de un punto en común. Elena y Jesusa se solapan en el texto, igual que Lilus Kius, la Flor de Lis, Gaby Grimmer, Tina Modotti, Quiela, o los propios recuerdos de Paula Amor (*No me olvidas*). Es medularmente autobiográfica al tiempo que reivindica el mundo indígena, la herencia de la raza, desde modelos como Rosario Castellanos. Refleja una literatura en la que el espacio de México es su espacio y su sintonía. Su intención ha sido hacer enrojecer hasta la punta de las sandalias a una sociedad aparentemente frívola o falaz, hipócrita. Y lo hace sin contemplaciones, desde una postura que extrema los planteamientos, desde la revolución. Su actitud es la misma que vemos en aquellas mujeres de la independencia que se presentaron a Bolívar como voluntarias para combatir.

Sus mujeres se desgarran entre las manos de la sociedad, se brindan asombradas a los estertores de un terremoto o soliviantan la libido de los varones (*De noche vienes*). Pero son también las que marchan al lado de sus hombres, las que les cobijan y les protegen como Jesusa, como Tina, pero también son las terriblemente abandonadas, las desconocidas. O las que se rebelan contra el destino como Gaby Grimmer, que no se resigna a verse confinada en una silla de ruedas. Las mujeres son también su madre, Paula Amor, la mujer luz, manzano arraigado y protector de su hija manzana. Respuesta a la interrogación de los inquietos y bellos ojos de Elena.

Su trayecto transita por la angustia y la melancolía profunda en sus poemas *Rondas de la niña mala*, negatividad que es un guiño y es conciencia de su rebeldía. Es un deseo de encontrar respuestas, y al tiempo es negación previa a aceptarlas. Criolla hasta la médula, vive en ella la simbiosis de la cultura. Plena tensión dialéctica que no encuentra jamás reposo.